



Pero, a pesar de todo, la amaban porque era amable, porque era buena cristiana.

El señor cura llamó un día a Eufrosia y le dijo:

—Esta chiquilla se hace vanidosa, hágala trabajar; el día de mañana se muere usted, ella no podrá seguir cobrando el sueldo de su patriótico marido y quedará en la indigencia; con muchos trajes bellos, con muchas camisas bordadas...

(Veo la sonrisa de mis lectores: el cura no conocía las camisas de Catalina, pero las suponía—con mucha razón—bordadas).

—... y no sabrá ganarse la vida...

—Pero ya se habrá casado...

—Es que los hombres no quieren “chiches” en su hogar; si no aprende a dueña de casa, seguramente no hallará marido. Porque no creo—agregó sentencioso—que tenga pretensiones de casarla con un rico, que no la haría feliz. Con un pobre que sea bueno debe casarse...

Y luego la frase de clisé:

—La belleza es transitoria, y más es obra del demonio que de Dios...

Eufrosia pensó esa noche, y al día siguiente, a las 13, hora de almuerzo, contó a Catalina lo que el cura le había dicho. Esta, muy razonable, aceptó. Mas, impuso una condición: trabajaría en la casa. Ella no quería salir a la calle, no faltaba más!...

En la librería Minerva se compró el Manual de la fabricación de flores artificiales y se dedicó ardentemente a su aprendizaje, siendo maestra al cabo de algún tiempo.

Entró más dinero en casa y, por ende, más seda y hasta brillantes... ¡El afán del lujo!...

Ya Catalina tenía 18 años y sentía en su emoción una rara sensación de inquietud...

Las novelas, esas románticas novelas de amor, habían tenido la culpa.

Ya se insinuaba el amor...

Todas las tardes, sentada en la parte exterior de la puerta, miraba llegar el crepúsculo.



DIEZ y seis primaveras,—como dicen los narradores cursis,—una belleza extraordinaria, insolente; y una pobreza lapidaria y regularmente oculta, eran cualidades sobresalientes en la vida de Catalina, la hija de la señora Eufrosia de los Dolores, devota y atildada vecina del barrio del Carmen.

En el barrio llamábanla la “güenamoza” y Catalina hacía todo lo que a su alcance estaba para justificar el calificativo.

Sabiendo que las cremas y los jabones realzan la belleza, destruyendo los barros, las rojeces, etc., Catalina las compraba. A costa de grandes sacrificios, su buena madre le daba dinero para el objeto.

Catalina tenía las más bellas manos, unas manos que hubieran envidiado las elegantes damas del segundo imperio. Sus pies eran algo grandes; pero ese defecto se disimulaba fácilmente con el uso de las zapatillas reina que, por consejo de Garrido, el zapatero, adoptara. Porque eso sí, Catalina era poseedora del más bello empeine.

Además, ¿qué importaba que su pie fuera algo grande, si era sólo el mezquino pedestal de su perfectísimo cuerpo?...

Parecía, además, que su pecho no tenía la prominencia exigida por la salud ni por la belleza; mas, quién se iba a fijar en eso. Algunos creían que la afeaba un gordo lunar que en la mejilla sonrosada destacábase gallardamente. Catalina consultó su espejo y éste, quién sabe si algo parcial, le corroboró su idea de que aquella pequeña y morena prominencia constituía una gracia más.

Catalina iba envuelta en seda, sí, señores, en seda. La señora Eufrosia de los Dolores, viuda de un veterano de la patria, no concebía la hermosura en percal o en lana. Para el uso de casa tenía un kimono de una rica tela a grandes flores. Y parecía del Yoshiwara la pícara, envuelta en esa bata...

Un trajecito de cheviot azul con aplicaciones blancas para salir al campo, correr y “revolcarse” y un traje sastre; todo lo demás era seda...

En el barío causaba escándalo este derroche. Todas las lenguas comentaban el que la señora Eufrosia llevara un manto con más remiendos que el mapa de Europa, unos zapatos prehistóricos y un vestido negro, muestra de su viudez, vestido que había alcanzado la cuarentava “virada”.

Las más benignas rugían:

—La va a perder...

Otras:

—La tiene en tratos de venta.

entrar la noche y, con ella, una especie de angustia en el corazón; parecía como que la noche entraba también en su vida.

Y comenzó a inquirir el horizonte, su reducido horizonte social.

Claro que lo que necesitaba era un novio.

Por primera vez en su vida reparó que era objeto de la admiración y del amor de todos.

Pero tan toscos, con esos trajes mal hechos; luego, en los días de trabajo, aparecían con esas feas blusas, los aspectos como entontecidos por la labor.

Ella no quería hombres así.

Su "tipo" debía ser elegante, apasionado, romántico, como los héroes de los malos novelistas.

Vivía la pobre en un plano artificial.

Arsenio la amaba más que todos.

Todavía otra particularidad: nadie se atrevía a decirle "mira, te quiero" o "eres bonita". Se imponía de tal modo, que nadie se creía autorizado para llegar a ella.

Arsenio era herrero, hombre sufrido y de porvenir. Como buen forjador de hierro, se acercó a la niña y la habló...

Eufrasia se impuso que Arsenio tenía una bien provista libreta de ahorros y que no era del todo mal partido.

El noviazgo se esparció, y—cosa rara—nadie tuvo envidia; parecía que la felicidad había llegado al barrio.

Los muchachos salían juntos de paseo, con la mamá se entiende...

En un día de gran regocijo, Arsenio le regaló el traje de boda que Catalina guardó en el arca.



ciendo para este mundo y tal vez para el otro... porque creo que los tontos apenas tienen ubicación en la tierra...

El caso consternó al barrio: las muchachas arañaron a Catalina y ésta, comprendiendo la tristeza de su situación y la tragedia de su vida, despidió también a Marcos Vani, lloró varios días hasta desfigurarse algo... y prometió casarse con un pobre.

Era muy prosaica: habría querido vestir luto; resaltaba su belleza con él...

Como todo pasa en este mundo tornadizo, pasaron los años. Las muchachas del barrio se acapararon todos los novios disponibles, y como Catalina estaba desacreditada, vió, con dolorosa sorpresa, que todos le tomaban distancia.

Sus formas se acentuaron con los años. ¡Tantos deseos de tener una bella guagua! Claro que habría sido bonita, pero...

Y pasaron más años.

En una tarde riente murió la señora Eufrasia. Su hija cumplió los últimos deberes y lloró. Había aprendido a llorar.

El barrio la compadeció.

Ya todas las muchachas de su tiempo eran madres, y todas las madres, abuelas. ¡Qué bendición de rorros! ¡Más bulliciosos!... Uno con los rizos negros, la frente echada atrás, sería militar... ese otro...

Catalina lloró.

¡Pobre Catalina!...

Ya estaba rugosa, blanqueaban algunos de sus cabellos. Primicias del tiempo. ¡Qué bellas son las canas! Ya Catalina no se casaría...

¿Quién sabe!...

La felicidad ha sido en todos los tiempos lo más incierto.

Un día, un caballero, Marcos Vani, prestó un servicio a Eufrasia; después frecuentó la casa y se enamoró de Catalina, la que, a su pesar, y aconsejada por su madre, despidió a Arsenio. Todo el barrio se puso en armas.

—¡Ah! la vieja asquerosa era lo que quería... Venderla... venderla...

—Y la tonta "movía" también quiso...

La tempestad fué terrible.

Arsenio, que a pesar de herrero, se gastaba romanticismos alfarescos, retiró del banco sus ahorros, y,—lujo macabro,—se compró el mejor revólver de una armería, (creo que le costó doscientos pesos) y se hundió, con el ruido consiguiente, dos balas en la sien derecha, falle-

Han caído uno a uno cincuenta años sobre la vida de Catalina; ya está casi ciega... Las pícaras flores artificiales y algo... las lágrimas... Sus manos pálidas y huesosas son amarillas, como marfil ahumado.

Aún tiene los trajes de seda de su juventud, y todavía, dentro del arca, apollillado ya, está el traje de boda que le obsequiara el pobre Arsenio. Siempre es el crepúsculo igual... Todo es igual; sólo han cambiado las personas; todas son más viejas y algunas más felices...

—Medio siglo...—Catalina piensa.—Y es verdad.. Dios, medio siglo... sola y aún viva... La vida...

¡Pobre Catalina!...

ACEVEDO HERNANDEZ.

EN EL ALBUM DE UNA DESCONOCIDA

Amo el trazo de las manos que son finas, y elegantes; perfumadas como manos de meninas más reales que las manos de las hadas; y es por eso que deploro, hoy que tu álbum me visita, el que venga, sin traerme como timbre de decoro, un perfume de tu regia manesita. Debes tí lucir el aire de una vieja aristocracia; y en tu escudo debe haber alguna rima del valor y del donaire y la heráldica elegancia de algún nombre linajudo. Oh, quién sabe si suspiras por las nobles y vetustas cachemiras y el prestigio del altivo guardainfante; y tu mente quizá añora,

serenísima señora, las magníficas liturgias de una corte rutilante. Pero hoy tienes una corte de poetas que te ofrecen nobles lauros y te dan ilustres rosas. oh! graciosa majestad de la Elegancia; entre tantas floraciones orgullosa, va escondido este manojito de mis rústicas violetas que te queman las oroblas de su mística fragancia: yo te ruego que conserves mis húmedas florecillas de corolas adorantes: yo las amo por sencillas, pero a ti te las regalo por sencillas y elegantes; con violetas va adornada la montura de mi acero y con versos mis blasones: yo te ofrezco, reina mía, cual galante caballero mi rendida pleitesía.

FED. G.MO. MORE.